

— EL —

HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE"

Director: GUILLERMO ANDREVE



— 15 de Marzo de 1905

Proprietarios: CHEVALIER, ANDREVE & Cia.

EL GRAN ESPECIFICO



Para aumentar y embellecer el Cabello

La siete hermanas
SUTHERLAND

Una familia entera con una preciosa

Cabellera

debido á este REMEDIO

DE VENTA EN LA *Farmacia Central*

AMERICAN TRADE DEVELOPING COMPANY

Comerciantes, Comisionistas, Importadores y Exportadores

Banqueros de AMERICAN EXPRESS COMPANY,
PITT & SCOTT EXPRESS COMPANY

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters, Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance Company. Curtis's & Hervey Limited (Gunpowder; Westfalicher Lloyds, The Bradstreet Company, Deutscher Lloyds, Berlin; Compañías de Aseguros Marítimos *El Día*, Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschiffahrts Gesellschaft *Kosmos*

Vendemos á los precios más reducidos de la plaza

Kerosene, Jabón, Velas, Manteca, Azúcar, Alambre de Púas, Provisiones, Leche Condensada, La afamada CHAMPAGNE de Charles Heidsieck, y Cognac Bisquit Dubouché.

Cual es
la hora
fija?



Para obtenerla usen ustedes un reloj de precisión como de - - - -

Omega,

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y Waltham Watch Co.

Unico Agente:

José Misteli.

El almacén más surtido en joyería y artículos de fantasía.

TODO GARANTIZADO

Emanuel Lyons

.. IMPRTADOR, EXPORTADOR Y COMISIONISTA ..

.. .. Carrera de Bolívar

Artículos enlozados, blancos y decorados.

Artículos electro plateados de las mejores marcas.

Cuchillería superior, Lámparas de colgar y de pié. Útiles para el servicio de la casa, Molduras y vidrios para Cuadros

El surtido mas completo de FERRETERIA

Cimento, Hierro acanalado, Pinturas, Material de construcción.--Las mejoras HERRAMIENTAS para ARTESANOS.

¡¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!!

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser Dire.”

LEYENDO “RITOS”

A GUILLERMO VALENCIA

Tu libro cierro. Un vago malestar al reposo me incita: siento un triste cansancio voluptuoso.

y arrojé el fino estuche de delicado engaste en que las perlas grises de tu ideal guardaste.

Con su risa enigmática me ríe en su viñeta tu pórtico simbólico: la abollada careta

en que—quizás—sus penas algún histrión reía en los antiguos triunfos de la diosa Alegría.

Sus pupilas—estrellas solitarias y errantes—me dicen que esos ojos no han visto otros, amantes.

y que esa risa loca, extraña y enigmática es el légamo amargo que esconde la sal ática.

Llor á las pupilas sin expresión ni fuego, cual talladas en mármol, á las del vate ciego!....

El ideal siguiendo del arte aristocrático ningún detalle excluyes, ni el del corte simpático

de tu libro, que evoca las suaves manecitas hechas para el martirio de blancas margaritas.

No allí busquéis las flechas del pícaro Cupido, que en vano las quebrara sobre un empedernido.

Pero detente la rmosa frente á este alcázar gótico que en él la sombra vaga de algún bardo neurótico

apellidado Antonio... (sigue de largo hermosa: allí tu blanca mano no encontrará una rosa

que deshojar, en tanto que algún paje risueño historias te recite de un país halagüeño.)

Déjame en este alcázar soñar: á su ventana pasar veré, á lo lejos, la errante caravana

que, sobre un suelo estéril que un claro cielo viste, se despereza al lento desfile de lo triste.

La marcha abre el giboso con paso taciturno: de su elevada estirpe dice bien el coturno

que en la abrasada arena resuena secamente como el compás de un canto monótono y doliente.

Después vienen las testas calvas como las rocas do el sol sus rayos quiebra, y las que lucen tocas

burdas y sin adornos cual la que en piedra finge la cincelada y noble cabeza de la Esfinge.

Seguidos de una turba que vocifera y chilla por el garrote heridos de estúpida gavilla—

vienen los esforzados, los nobles caballeros, aquellos cuyos Ritos envainan sus aceros

contra la vil mesnada: Tranquilos, resignados, ovejas del martirio—siguen los inmolados:

todos los que cayeron tras una vida austera como ligeros trigos que corta la hoz certera.

Mansos, humildes, fieles, tristes, enflaquecidos, los pobres canes, esos que ya no dan ladridos

porque la voz fué grito ahogado en sus gargantas detras siguen lamiendo las destrozadas plantas,

las que hirieron los duros guijarros del camino y vierten de sus venas el nunca extinto vino!

Y en medio del tumulto, con el Inri en la frente, cargado de improperios, el bardo decadente.

¿Por qué turba menguada, le acosas con tu ultraje? ¿Por qué para lo Hermoso, lo Triste, tu coraje?

¿Cuál otro con las piedras de la infernal pedrea reconstruyó los muros de la ciudad Idea?

¿Quién guarda mas silencio contra sus enemigos, después de Aquel de cuya bondad somos testigos?

Dejadle, hombres imbéciles: abrid paso al coloso, manso cual la paloma, fornido como el oso!



LEÓN A. SOTO,

Nació el 11 de Abril de 1874.—Murió el 22 de Febrero de 1902.

La necia algarabía á los grandes no insulta: ella es el “Ave César!” con que la plebe estulta

de pié, frente á las gradas del imper al proscenio, le rinde vasallaje al Gran Tirano: el Genio!

¿Abrid paso al poeta en cuyo pecho brilla sobre campo de púrpura una flor amarilla.

Dejádlo que en su mente trastorne el Universo hasta encontrar la Euritmia con que soñó su verso.

En el inmenso Todo ¿hay algo que se pierda? ¿hay algo que no sea lamento de una cuerda,

de alguna cuerda oculta, de alguna oculta lira que en el país extraño del Misterio suspira?....

Dejadle hombres imbéciles: abrid paso al coloso manso cual la paloma fornido como el oso.

“Decadencia es cultura: es la mas avanzada forma que alcanza toda nación civilizada.”

Así dice y prosigue sin despertar asombros aquel que XX siglos de luz lleva en sus hombros!..

De apollilladas reglas la nueva idea el choque rechaza cual gastado cincel rechaza el bloque.

La befa es arma vil: esgrima nuestro Estilo daga de mejor temple y bien cortante filo:

Buscar la mas recóndita, pueril extravagancia de una alma complicada que llora su ignorancia:

leer con el Espíritu en las grietas de un muro lo que la Inteligencia rechaza por oscuro:

hallar la Fantasía el camino tortuoso que atravesara el bardo en busca de lo Hermoso

ó bien junto á la plancha de nuestra ciencia muda gemir sobre el cadáver adusto de la Duda:

crítica hecha alma y carne, que suspira, que siente, tal ha de ser la crítica que alumbró el siglo XX.

¿Abrid paso al coloso!.. Mas ¿que tropel diviso que se pierde á lo lejos en un cuadro indeciso?

¿Es el rojo estandarte que cubre el suelo enjambre de los que tienen frío, de los que tienen hambre,

Son los brazos de acero que el cansancio corroe, los que en sus venas brindan la savia del aloe

Son los brazos de acero que al peñascón abrupto de un golpe hacen que estalle en aurífero erupción

Son los brazos de acero que horadan las montañas, los que con hierro tejen enormes telarañas.

Son los brazos de acero que arrasan la Bastilla y forjan en sus iras la bárbara cuchilla.

Dejad también que pasen. En la sublime fiesta son notas sollozantes que completan la orquesta.

Cuando acabó el desfile de todo lo que sufre lucía el cielo á trechos, manchas color de azufre,

y enviaba hasta mi estancia su luz triste y borrosa la tarde, que expiraba como una niña hermosa.

Tu careta reía con risa árida y seca que tornó lentamente la sombra en una muñeca.

Leer quise en tu libro no sé ya qué palabra y las letras me hicieron una burla macabra.

Pensé luego en Oriente, pensé en los viejos Ritos, y oí por un momento como lejanos gritos.....

1.900.

† LEÓN A. SOTO.

LEÓN A. SOTO



CORTA es aún nuestra peregrinación por el mundo, y ya, al hacer alto para pasar lista, vemos si no con asombro al menos con tristeza, que abatidos por un hado adverso quedaron tendidos á lo largo del camino muchos de los que con nosotros comenzaron la jornada llenos de entusiasmo, con la confianza en sí mismos que presta el candor juvenil y con la fe ciega en el futuro que es el atributo de la humana especie.

Ya la muerte segadora de las tumbas "abatíó como un trigo" á amigos queridos, á compañeros de juventud, de ideas y de ensueños. Abrió la marcha Adriano Velasco, el bohemio siempre maltratado por un Destino impío que al formar exquisitamente sus cualidades intelectuales deformó, con ironía sangrienta, sus formas físicas. Luego se fué Adolfo García, el de las pasiones terribles, el eterno soñador que, en nuestro concepto, ha llevado el lirismo al más alto grado entre nosotros. Después siguió Abel Ramos, el humorista que de todo hacía broma y cuya imaginación fecunda no cesaba de producir festivos artículos capaces de hacer reír á la estatua de la Meditación. Y tras él, con poca diferencia, marchó LEÓN A. SOTO, de quien pensamos ocuparnos en este artículo especialmente.

Los cuatro amigos muertos cultivaban el trato con las musas, y aún nos atrevemos á decir que fueron verdaderos poetas por el sentimiento y la facilidad. Les faltó ciertamente escuela, y cabe pensar en la grandiosa obra por ellos ejecutada, si en un medio más civilizado que el nuestro, hubieran podido cultivar su talento y ejercitar ampliamente sus facultades productivas.

De todos, fué SOTO á no dudarlo quien dejó una obra literaria más avanzada, y el único que pudo formar siquiera en parte su personalidad literaria. Ya á su muerte el fruto de sus afanes estaba en sazón; habían pasado para él los primeros entusiasmos infantiles; la versificación loca sin un fin aceptado á que encaminar sus rumbos literarios, y el continuo voltejar de aquí para allá de los que aún no saben qué vía han de seguir en definitiva para llegar con mayor éxito á la cima anhelada.

Tal vez alguien al leer esta afirmación nuestra de que SOTO apenas acababa de formar su personalidad literaria en la época de su muerte y al saber que ésta lo sorprendió á la edad de veintiocho años, llegue á imaginarse que el amable poeta fué de una inteligencia tardía. Nada estaría desde luego más lejos de la realidad, pues muy por el contrario fué siempre de imaginación viva, de comprensión rápida, de asimilación delicada y de una retentiva bastante poderosa. Lo que sí hay que decir en descargo suyo es que el medio, ese medio estrecho que á él y á nosotros rodeó, que aún nos rodea, y que apenas si comienza á ser más amplio, no fué el más apropiado para el desarrollo de sus vastas aptitudes de literato y de poeta lleno de exquisiteces y de refinamientos. No es nuestro país zona privilegiada para las tareas intelectuales. Aquí no hubiera podido Ega de Queiroz escribir ninguna novela perfecta á los dieciocho años, ni Mirbeau publicar en edad casi igual sus magníficos libros de gran comprensión analítica y de múltiples bellezas descriptivas.

Otra dificultad más halló SOTO y con él hallaron todos los que á la gaya ciencia dedicaron sus desvelos: la falta completa de una literatura histórica, pues bien sabido es que no tenemos nosotros un pasado literario de que envanecemos y así, los que luchan al presente, ó

tienen que crearlo todo ó que irse tras las producciones, métodos y escuelas extranjeros, para hallar campamento en que sentar plaza hasta que vigorizadas sus facultades puedan ir solos, con una estética acrática personalísima, ya que según la nueva fórmula artística de un gran literato francés, no hay en la verdadera acepción de la palabra *escuelas*, ni pueden sumarse los escritores, pues cada uno es uno, pero nunca uno y uno son dos.

Nos atrevemos á ir más lejos, á riesgo de despertar la cólera de los que aman los candorosos sonsonetes de nuestros rústicos abuelos. En nuestro sentir no hay desde 1821, fecha de la primera independencia política, hasta 1880, un verdadero sentimiento poético mantenido en alto por verdaderos poetas. Entre esas dos fechas apenas si registramos como una excepción un gran lírico, el único que puede citarse en nuestro concepto, que abarcó todo ese tiempo y que aún hoy refresca las arideces de nuestras almas con sus versos todos originalidad y sentimiento: en ese tal poeta á que nos referimos, habrán adivinado nuestros lectores al malogrado Tomás Martín Feuillet. Después, nada, nada, nada. Todo se redujo á tanteos, á pasos vacilantes, á ensayos más ó menos felices como los de José María Alemán, Fernando Delazerda y Manuel José Pérez, cuyas producciones, como las rosas de Malesherbes, solo duraron en la memoria de sus conterráneos el breve espacio de una mañana y no llegaron nunca á traspasar las lindes de la patria heredad.

Para nosotros empieza el verdadero despertar poético de nuestra tierra querida con Federico Escobar, que dió el ejemplo de los avances audaces y que fué el primero en conceder á su inspiración un giro elevado, aunque muchas veces, tal vez por esa misma fuerza del medio que ya indicamos, y por la abrumadora influencia de los errores y aberraciones de un pasado

que pesa sobre él con fuerza deprimente, decaiga, se doblegue, parezca rendirse á lo pasajero y dé á sus versos un amaneramiento de estilo, una futilidad de pensamiento, de que por fortuna para él y para la literatura logra siempre sustraerse finalmente. Escobar vive aún, es relativamente joven y ha sido en ocasiones huésped distinguido de EL HERALDO DEL ISTMO que se envanece con sus triunfos y lo cuenta entre sus mejores colaboradores.

SOTO unía á una delicadeza ingénita que lo hacía amar el arte por el arte un deseo inabarcable de lo bello y de lo raro, un *diletantismo* de la más aristocrática factura. Tal vez por esto prefería el soneto á todas las fórmulas de producción literaria, ya que este "como león de Nubia de ancha cabeza y resonante cola," es de estirpe insigne y sus períodos vibrantes cuando bien inspirados semejan ya el rumor suave de la brisa al mecer un bosque de tamarindos, ya el brava cólera de las magestuosas olas al romperse furiosas contra los arrecifes de una costa pedregosa. A veces en ellos el sentido es claro, sereno, como un cielo matinal en primavera; otras lóbrego, oscuro é imponente como noche de horror y de tormenta. El estilo asume en ocasiones en los divinos versos fragilidades de mujer y ondulaciones de serpiente; otras logosidades de hipogrifo y rugidos de fiero león, pero siempre, siempre, se conserva á gran altura, sublime Emperador de la métrica, amable, sutil y complaciente de los verdaderos poetas, terror y pesadilla de los versificadores ante quienes oculta sus riquezas y enmudece como el agua.

La poesía en nuestro sentir no es un oficio. Se puede ser todo con estudio y con tiempo hasta escritor. Pero si no se ha nacido poeta, si no cuenta uno con esa difícil heredad que á pocos es concedida, es imposible ser poeta. Aun admitimos que por un espíritu de imitación—en ocasiones sacrilego—y en momentos en que nos invade un cierto entusiasmo exagerado que es con relación á la inspiración como la piedra blanca al brillante, hagamos versos más ó menos pasaderos, pues todos caemos en ese pecado siquiera una vez cuando jóvenes, pero siempre se distinguirán á primera vista, con sólo una lectura, los versos de un poeta, llenos de fuego, de virilidad, de existencia y de sentimiento, todo á la vez, de las coplas mal zurcidas de cualquier belitre versificador.

Los versos de SOTO que hoy publicamos, escogidos al azar entre los que él dejó, demuestran nuestro aserto. Se notan en ellos á veces faltas, giros tal vez defectuosos, efectos de educación literaria incompleta y de escasez de tiempo que no le sobró para pulirlos, pero se advierte de seguida que quien los escribió tenía originalidad, fuerza y dulzura, tres cualidades distintivas del verdadero poeta.

Murió SOTO por desgracia muy joven, y en la paupérrima dote literaria de nuestra patria fué una unidad menos, unidad de valor inmenso, joya de veinte quilates como de oro fino. La guerra civil acabó con él. Un bandolero que el presidio reclama á voces, uno de esos macheteros de rudimentaria intelectualidad de que está pletórica Colombia, le infirió ultraje físico doloroso que ocasionó en él enfermedad moral que lo llevó al sepulcro. En América vive aún latente el salvajismo de los aborígenes y la crueldad de los conquistadores, mal disfrazados por la evolución física y social. Inútil es que nos vistamos como el hombre civilizado con frac y botas de charol; que comamos con arreglo á las exigencias de la etiqueta más rigurosa y que disfracemos nuestros pensamientos con palabras escogidas de cultura. Todo es superficial, y á la primera coyuntura nos desnudamos de toda esa carga de fingimientos y nos mostramos tal cual aún somos, bárbaros, rudos, sanguinarios, torpes y viciosos. La civilización verdadera, la que toca al yo íntimo, y no se radica en la epidermis, esa solo viene con el transcurso de los siglos. Estamos, pues, en realidad de verdad muy lejos de ella, y SOTO por su parte fué víctima de la barbarie de un pueblo antes que de los aurichos de un malvado.

A DON QUIJOTE

I

¡Oh noble caballero que en tu rucio viejo, mohino, descarnado y rehacio, vas con la vista fija en el espacio á riesgo de romperte el occipucio!

¿Quién que ha visto tu traje pobre y sucio; quién que sabe que el mundo es tu palacio, creyera que hay un alma de topacio tras de tu rostro demudado y lúcio?

¡Oh noble caballero: el brazo recio esgrimir contra el mal es pobre oficio que á comprender no llega el vulgo necio;

Mas no estéril será tu sacrificio: que al rostro han de escupirte su desprecio los que escupirte no podrán su vicio!

II

Sigue siendo terror de los Merlines y escarmiento de pillos y follones, y cumple tantas nobles ambiciones que olvidan los modernos paladines.

No te importen la envidia de los ruines ni la burla de torpes corazones, pues nunca el bueno encontrará razones que le impidan cumplir sus nobles fines....

Pero ya corres, vuelas, vas y vienes.... ¿Es que has visto quizás á cien rufianes que á una doncella llevan en rehenes?....

¡Corre, vuela á vengar tales desmanes! Mas.... ¿qué ha sido, señor, qué te detiene? ¡Un molino, un rebaño, unos batanes!

III

Mas no importa! Tu fe te presta amparo contra los desengaños, que el decoro de tu noble misión es como el oro: lo purifica el fuego y lo hace caro.

No reparas por eso en el descaro ni en la burla de imbéciles que á coro ríen de tí: tu audacia es un tesoro para los malos y los necios raro.

No te importan, lo sé, porque seguro estás de la justicia, ¡oh noble ibero! que es el Sol esplendente del futuro....

¡Y que te llame loco el Orbe entero! que para el blando de alma ó de alma duro serás en todo tiempo ¡EL CABALLERO!

LEÓN A. SOTO.

León A. Soto



Lo recuerdo hasta en las menores circunstancias y detalles con una precisión y exactitud que no desmiente mi cariño, ni la fraternidad común de nuestros sentimientos que no solo fueron idéticos en arte sino también en otras muchas cosas diferentes: recuerdo su figura no escasa de gentileza, aquel cuerpecito pequeño y casi vaporoso, cuya inquietud y movimientos denunciaban el predominio de los nervios y el ardor y fogosidad de una fantasía soberanamente tórrida; y sobre todo, recuerdo aún más aquellas sus grandes pupilas de un pardo obscuro, profundo y brillante, que siempre que las contemplaba creía vislumbrar en ellas y allá en lo íntimo, la suave y amorosa luz de su alma sincera y generosa, unida al ardiente cabrilleo de sus bellas y magníficas estrofas.

Recuerdo también su voz tenue y su palabra ordinariamente de dicción un

tanto acelerada; sencillo y franco hasta la jurisdicción de la llaneza, como cristal purísimo era la transparencia de sus recónditos afectos, y así en la forma como en el espíritu, su número ó entusiasmo poético ofrecía blancuras titilantes que no dejaban lugar á duda de que su alma poseía el ingenuo y santo valor de la palabra; y lejos de tener la calcárea y dura callosidad que en las grandes como en las ínfimas medianías que componen la servidumbre del arte, sirve como de apósito auxiliador para no sentir el arrobamiento y abstracción que trae consigo la persistente y silenciosa brega por el supremo y sacro ideal; y lejos, mucho más lejos todavía de poseer el egoísmo farisaico ó la envidia enfermiza y concentrada que obliga á los zapilotes de la sátira y á los dromedarios de la crítica al detal á tascar y morder el freno de la impotencia, enmascarándose con el antifaz de la imparcialidad en la censura, gozó de la hermosa y singular ventura en esta vida de haber trepado á la costosa empuñadura, en donde una desdeñosa indiferencia, dado el ambiente que nos escuece y nos rodea, sirve como de valladar á los asaltos de la necedad preceptista y trasnochada, y como de zona divisoria para oír con serenidad y calma despectivas los fallos de la ineptitud engreída y vanidosa.

Entre un halo brillante de gracia y donaire, solía encerrar la expresión de sus ideas y sentimientos. Su frase era donosamente breve, de lenta y suave sonoridad, semejante en algo á la doncella pudorosa que teme que el exceso de atavío provoque la sonrisa del sarcasmo. Mas concebía con rapidez, con aquella envidiable facilidad hija única y postera de un cerebro equilibrado y apto para el ejercicio olímpico del arte en las ideas; habría ido muy lejos, si en la vida pluguiera al que todo lo puede, que algunos días más hubiera marchado en la lenta caravana de los años, llevando á las espaldas, cual llevaba, una gran esperanza de nobles triunfos y mejores días y su bandolín sonoro de amante trovador privilegiado.

No á la verdad olvidaré fácilmente la pausada y harmoniosa recitación de sus estrofas de gentil belleza, que ritualmente mostraban la rojez de la amapola y algo como brillos y cambiantes de luz opalina sobre surcos y asperezas de aguas agitadas en un lago.

No por cierto olvidaré fácilmente, lo que en él hubo de románticos anhelos, ensueños imposibles y de aspiraciones excelsas, y que anidaron en su corazón de poeta y compañero siempre franco, leal y consecuente; es imposible que se borre así su buen recuerdo; cuando él, uno de los tantos precursores de nuestra nueva vida política y social; él, que vió y sintió la salvajez bravia del esquilero en el cuerpo dolorido de la Patria; él que agregó su unidad á la ya enorme y contrastadora suma de los que padecían hambre y se l de justicia en la propia heredad destartada y ofendida y pobre; él, en fin, supo hacerse esculpir en mi memoria en donde immaculado y transparente vive, como una de aquellas ascuas inflamadas en un horno que más se dilata y se abrillanta si la circunda ó si pretende obscurecerla el humo.

"Duerma en paz á la sombra de la montaña, últimamente", y cuando mañana oreen los vientos, bajo un sol ardiente y cabe la falda del impasible Ancón, el tibio y blanco mármol de su tumba, que rosas rojas ligadas juntas con ancha cinta "color de carne morena," perfumen el fúnebre recinto que guardará para siempre sus pálidos despojos; que acuda allí la musa glacial de los recuerdos y le ofrende el pesar de mis entrañas, y al caer la tarde perezosa vencida por la irrupción de las sombras nocturnales, que sienta allí en su lecho de húmedo y obscuro polvo, el fatigoso rumor del alma de mis frases y la canción más íntima y tierna todavía, de las olas de la mar y la luz de las estrellas.

Mi ofrenda

EN LA TUMBA DEL POETA LEÓN A. SOTO

Compañero y hermano. También vengo á tu sepulcro á colocar mi ofrenda de cariño. Sencillo es el tributo, pero es sincero y puro como mi alma. El es un ramo de laurel que nunca se habrá de marchitar, porque lo traigo regado con mis lágrimas ardientes y sagradas, que son ¡oh bardo mártir! condensación de inmensas amarguras y raudal de dolor cristalizado en el fondo de mi alma soñadora.

Mi modesto homenaje te lo ofrendo en el nombre también de mi incorpórea, dulce é inseparable compañera, la Musa que me inspira... la que canta cuando me mira alegre, la que llora cuando me mira triste y la que siempre á mi lado se acerca con ternura y castos besos en mi frente imprime.

Ayer en torno de tu fosa, cuando aquí vinimos tus amigos, Soto, á darte la postrera despedida en tu viaje al lugar desconsolado, eterna *Solra Oscura*, solamente lanzábamos sollozos. No podíamos por tu ausencia exclamar un ¡ay! siquiera... Un fantasma siniestro, con el índice sobre los labios, y de aspecto rudo en trágica actitud, amenazante, en esta tierra altivo se imponía... Era el negro fantasma del Silencio que impedía moviéramos los labios. No pudimos decirte ni una sola palabra de dolor sobre la tumba que guarda tus despojos, porque crimen hubiera sido tal intento ¡oh Témpera!... Sobre nuestras cabezas balanceaba suspendida la espada de Damocles.

Poeta mártir! Atroz fué tu martirio! Sobre tu cuerpo débil y desnudo aplicaron el látigo infamante para colmo de oprobio... Fué un soldado torpe y brutal, quien ordenó que fueras vilmente flagelado. Lleve siempre tu verdugo el castigo en su conciencia.

Desde entonces inclinaste tristemente la sien; sobre tus labios no vagaba la apacible sonrisa de otros tiempos; ni entonces recitabas esas dulces trovas sentimentales que tu Musa te dictaba con gozo... La Tristeza era tu compañera.

Como el ave que plega sus alas cuando mira su nido abandonado y luego muere, tú plegaste las alas del espíritu y bajaste al sepulcro, demostrando con ejemplo sublime, que en el Istmo en donde es el honor silvestre planta sabe el hombre morir de vergüenza.

Y cuál fué tu delito? Amar la Patria que te miró nacer; haber gritado en ocasión solemne, que esta tierra necesitaba ser independiente... Y ese anhelo sagrado se ha cumplido; el Istmo hoy puede con supremo orgullo la frente levantar entre las libres naciones de la América Latina.

Morir como tú has muerto, en la florida edad de los ensueños, cuando todo convida á sonreír y cuando acaso hermosos horizontes divisabas, es sensible morir.

Tu vict'uario una esperanza arrebató á este suelo y á las letras istmeñas una gloria.

Descansa en paz. Las flores del cariño guardaremos en blanco florilegio, y allí las cuidará nuestra memoria; jamás el tiempo las verá marchitas, porque las flores del cariño nunca se ponen mustias, porque nunca mueren.

FEDERICO ESCOBAR.

Del Simbolismo

FRAGMENTO

En mi concepto los simbolistas franceses han ejercido poca ó ninguna influencia en América, donde son casi desconocidos; lo que se llama "decadentismo" entre nosotros, no es quizás sino el romanticismo exacerbado por las imaginaciones americanas.

Veamos qué es el simbolismo. El llamado simbolismo no ha tenido nunca una estética, ni ha profesado ningún código; según uno de sus críticos, significa: individualismo en literatura, libertad del arte, abandono de las fórmulas enseñadas, personal originalidad. He aquí por cierto una fórmula bien amplia que aceptarían todos los que anhelan la sinceridad artística. Que cada uno profese una estética á su imagen y semejanza. El simbolismo no fué nunca una capilla cerrada, sino una palestra abierta en donde se reunieron los que protestaban contra el naturalismo triunfante, "más contra sus pretensiones absolutistas que contra sus obras," los que "venían á reintegrar la idea en el Arte." Hay quien se imagina que ser simbolista es emplear vocablos como "lilial y esfumar" y ser anfibológico y tener los ojos y los oídos tapados á la realidad; nó; oigamos á Remy de Gourmont, uno de los más altos representantes de las nuevas tendencias literarias: "La observación exacta es indispensable á la refabricación artística de la vida. Ann para una figura de ensueño un pintor está obligado á respetar la anatomía, á no hacer divagar las líneas, á no amontonar colores imposibles, á no abandonarse á perspectivas chinescas. El idealismo más desdeñoso de la realidad bruta debe apoyarse en la exactitud relativa que es dado conocer á nuestros sentidos." Nada menos parecido al etéreo neurótico forjado por algunos satíricos y adversarios.

Es probable que haya confusión lamentable de términos, y es lo que yo desearía que meditasen quienes estudian la vida mental en sus manifestaciones artísticas. Tal vez visto con mejores intenciones y más comprensivamente, sea un hermoso espectáculo el que ofrecen en América algunos espíritus que afinan y cultivan su sensibilidad en medio de las más ásperas y rudas costumbres. Tal vez la nombrada "decadencia" americana no sea sino la infancia de un arte que no ha abusado del análisis, y que se complace en el color y en la novedad de las imágenes, en la gracia del ritmo, en la música de las frases, en el perfume de las palabras, y que como los niños ama las irisadas pompas de jabón. Habría que preguntarse si un estilo de decadencia no es más bien el estilo árido y frío, fruto de una inteligencia fatigada que abandona la belleza de las apariencias para irse como un escalpelo al corazón de las cosas.

Ha habido sin duda una revolución en la técnica: la prosa tiende á hacerse menos oratoria y más plástica, y el verso más sutil y sugestivo; martillean menos los consonantes al final de las estrofas, y el ritmo flota con más libertad en torno de la idea; suenan más los instrumentos de cuerda que los de cobre en la orquestación verbal; pero según mi criterio, esta evolución en la técnica es paralela á una evolución sentimental: á nuevos estados de

alma, nuevas formas de expresión; y si esos estados de alma son vagos y "crepusculares," débese á hondas causas sociales, á la educación, al angustioso momento histórico cuyo aire respiramos. Por ejemplo, es más visible hoy la desproporción entre el hombre y el medio: el progreso individual de gran número de inteligencias ha sido naturalmente más rápido que el del medio social rebelde, en cierto modo, al perfeccionamiento armonioso; á la cultura estética ha seguido un malestar y una turbación profunda en las almas; los "retazos democráticos" la escasez de goces intelectuales, la vulgaridad de las opiniones, hieren más profundamente las sensibilidades refinadas; de éstos sí puede decirse, invirtiendo una frase célebre, que vinieron demasiado pronto á un mundo demasiado nuevo. En las ciudades más ó menos incipientes de América, sufre más que en las de Europa quien se eduque en una dirección artística; muchos emigran hacia centros más civilizados, otros sucumben trágicamente como Julián del Casal y José Asunción Silva, otros vulgarmente se gastan en las intrigas políticas. Es de creerse que cuando la cultura intelectual se generalice y los "casos" de hoy constituyan una Fuerza, ésta tenderá á elevar el nivel social, acelerando así el progreso de la sociedad.

PEDRO-EMILIO COLL.



La señora Doña Matilde María de Obarrio, esposa del caballero señor Don Claude Coventry Mallet C. M. G., Cónsul de S. M. Británica en esta Capital, es una de las figuras más salientes de la alta sociedad panameña y una de las damas más inteligentes é ilustradas del Istmo.

Su alta y merecida posición, sus muchos méritos y el gran aprecio que por ella sienten en la patria de su esposo, le valió el ser presentada al Rey Eduardo VII y á la Reina Alejandra, por la Marquesa de Lansdowne, el 13 de Mayo del año pasado.

Como homenaje á la espiritual y elegante dama y para rendirle así sincera prueba de amistad y de respeto publica hoy su retrato EL HERALDO DEL ISTMO, con el riquísimo traje que usó el día de su presentación á los Soberanos ingleses.

Una peregrinación á la tumba de Bolívar.

AQUELLA mañana habíamos resuelto visitar la tumba de Bolívar. Formábamos lamodesta caravana: el acerado periodista Gumersindo Rivas, el magno poeta Andrés Mata, el filigranador de prosas Juan Tinoco y este turiferario entusiasta del Libertador.

Nos pusimos en marcha. Yo iba silencioso. Y convencido, bien convencido estoy, de que Pedro el Ermitaño, aquel monje de fuego que incendió la Europa cristiana, para llevarla, ardiendo en fe, á quitar de manos de los sarracenos el sepulcro del Crucificado, no iba, ni con más entusiasmo, ni con más unción, camino de Jerusalén, que yo con destino á la tumba veneranda.

Surgía en mi cerebro la figura del gran venezolano, con su casaca azul bordada de laureles dorados, pálido reflejo de los que ornaban su frente: con los ojos grandes luminosos, fijos siempre en la gloria y en la libertad; ancha la frente, tabernáculo guardador de un cerebro que creaba naciones; desplegada la boca, donde vivía latente la frase que levantaba los pueblos; erguido siempre, como dando modelo al escultor para que lo tallara en el bronce inmortal.

Al fin llegamos; pero por un incidente im-

previsto el guardián del edificio estaba ausente: no pudimos entrar. Contrariados quedamos contemplando los muros que aprisionan el amado sepulcro. Entonces yo, al fijarme en las torres laterales que con su índice de granito señalan el espacio, me pareció que me decían: aquí sólo existen las cenizas del Libertador. para buscarlo levanta los ojos, fíjalos en los espacios donde ruedan los soles, donde pasean sus caudas luminosas los cometas, donde como enjambre de mariposas vuelan constelaciones de mundos.

Y en efecto, para buscar, mejor dicho, para soñar con Bolívar, no es necesario llegar á su tumba; basta con pensar alto y con estar en cualquier pedazo del Continente latino americano. Cada hecho, cada insignia, cada conquista nuestra, evoca su memoria. Pensamos en él, cuando vemos la sierpe rocallosa de los Andes que le sirvió de pedestal; cuando vemos flamear las banderas que nos señalan como naciones libres: cuando los himnos patrios sueltan las bandadas de sus notas animadoras y sublimes: cuando vemos el águila trituradora de serpientes en el emblema atzteca: el sol luminoso en la insignia Argentina; el cóndor, en el pendón colombiano, velando sobre el gorro frigio, como el genio cuidando de la libertad; en nuestro quetzal esmeraldino, inenarcelable como el pensamiento. Sí, está en nuestras armas defensoras, en el toque vibrante de nuestros clarines, en todo, todo lo que nos habla de patrias victorias, porque aun en aquellos países en donde su acción directa no influyera, los enseñó con sus actos y los guió con su ejemplo. ¡Bolívar no es un hombre; Bolívar es un símbolo!

Así pensando regresé á mi hotel, con la nostalgia de aquella tumba, á pesar de mis consoladoras reflexiones. Pocos días después arrastrado por mi febril deseo, estuve á visitarla y, entonces, como Godofredo de Bouillon, doblé la rodilla para besar la tierra que aprisiona ese Santo Sepulcro de la Libertad.

MÁXIMO SOTO HALL.

Málaga

EL FUSILAMIENTO DE TCRRIJOS.

Escribo á la orilla del mar, sobre una terraza á donde llega el ruido de la espuma. A pesar de la estación, está alegre y claro el día, y el cielo limpio, de limpidez mineral, y el aire acariciador. Esta es la dulce Málaga, llamada la bella, de donde son las famosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración. Es justamente una parte de la tierra de María Santísima, con dos partes de la tierra de Mahoma.

Mas el color local se va perdiendo, á medida que avanza la universal civilización destructora de poesía y hacedora de negocios. Hay, en verdad, mucho de lo típico, en los barrios singulares, como el Perchel, la Trinidad y la escalonada Alcazaba; mas la ciudad no os ofrecerá mucho que satisfaga á vuestra imaginación, sobre todo si imagináis á la francesa, y no buscáis sino pandereta, navaja, mantón y calañés.

Hay sí la reja cantada en los versos, y los ojos espléndidos de las mujeres, y la molicie y el ambiente de amor. Hay las callejuelas estrechas y antiguas y las ventanas adornadas con los tiestos de albahacas y claveles, como en los cromos; hay bastante morisco y no poco medioeval. Mas, del lado del mar, surge una Málaga cosmopolita, inglesa, durante la «season», pues demás está decir que desde que un Mr. Richard Ford escribió en su «Hand-Book for travellers in Spain» que el clima de Málaga es superior á todos los de Italia y España, para enfermedades de pecho, y que «aquí el invierno es desconocido», la invasión británica estuvo decretada. Los ingleses no han llegado á Andalucía tan solamente por bien de sus pulmones y bronquios. Y así, como lo hace observar José Nogales, que es autoridad y que es andalúz, «en las zonas andaluzas donde se extiende la influencia inglesa, es lusingamente inglesa, la

vida interior reacciona de un modo maravilloso. Parece otra gente.»

Por Málaga, por el Campo de Gibraltar y por Huelva, van entrando los ingleses en mansa ó tranquila invasión de intereses, que, de día en día, ensanchan y afirman. Y el fenómeno por mí observado consiste en lo bien y rápidamente que se entienden y hermanan el andaluz y el inglés. A los dos días de llegar, el inglés es «D. Guillermo» ó «D. Roberto» ó «D. Jorge». Unos y otros se acomodan bien á sus maneras y hay, andando el tiempo, deseos del entruque, rara vez desperdiciados. De ahí va saliendo el núcleo de una raza nueva y vigorosa. El extranjero ha traído á Andalucía el impulso del trabajo, ha implantado fábricas, ha dado gran aumento á la exportación de frutas y de vinos. ¿Quién se acuerda ya del inglés «aborrecido»?

El nombre de uno está grabado en un monumento público, el inglés Robert Boyd, que fué fusilado por la causa de la libertad, junto con Torrijos. Estas villas floridas, estos chalets, llenos de morenas meridionales y rubias anglo-sajonas, al lado de la Caleta y el Palo, hacen recordar que por aquí pasó Byron y afirman que esto es encantador. Sobre todo, no hay ese bullir lujoso de las ciudades balnearias, revueltas por la moda y emponzoñadas por el Casino. Aquí no hay Casino, ni moda, ni viene Liane de Pougy, ni M. de Phocas. Aquí hay luz, montes apacibles, el Mediterráneo, barcas pescadoras. «Larios y boquerones» corrige un andaluz que lee las últimas palabras que he escrito.

¿Larios? En efecto, en la ciudad todo es Larios. La propiedad, la influencia política, están en poder de ese apellido.

Váis por un paseo y encontráis una estatua: del marqués de Larios. La calle principal de la ciudad, es la calle de Larios: las casas todas que forman esa calle, pertenecen á los Larios; de los Larios son también otras cuantas regadas en la población. Hay dos grandes fábricas de hilados, con unos ocho mil trabajadores, y demás está decir que esa fábrica es de los Larios. Hay diez fábricas y refinerías de azúcar, y pertenecen igualmente á la famosa familia. ¿Y ese gran asilo? De Larios. Desde Gibraltar hasta Almería, me dicen, todo es de ellos.

Málaga es la ciudad de los Larios. ¿Y la catedral, también será de ellos? La catedral, no; pero el reloj de la catedral, sí. Estas son andaluzadas en serio. «Vos damos por armas la forma de la misma ciudad y fortaleza de Gibraltar, con el corral de los cautivos en un campo colorado, y por reverencia y en cada una de sus torres, las imágenes de los patronos de Málaga, San Ciriaco y Santa Paula, y por honra del puerto, las ondas del mar y por orlatura de las dichas armas, el yugo y las flechas.» Así se expresa la real cédula en que los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel, concedieron á Málaga el blasón que queda dicho. Gibraltar es una ruina, como todo lo que queda, recordando el poderío árabe.

He visto la bella puerta de las Atarazanas sirviendo de entrada á un mercado, en el mismo lugar en que se levantaba una magnífica mezquita en tiempos no de tanta miseria para el pueblo malagueño. Es la obra de los cristianos y civilizados vencedores. La labrada piedra contesta: *Le galib ille Alah.*

Y la herencia árabe se encuentra por todas partes, en la faz de las mujeres, en las figuras del pueblo, en las rejas de las casas, en los guturales gritos de los vendedores ambulantes.

Cuando he recorrido la ciudadela de la antigua Alcazaba, he creído ver revivir ante mis ojos la pasada existencia.

Habitan gentes en las mismas viejas construcciones, casas estrechas y escalonadas en la altura, desde donde se domina el ancho puerto.

En algún punto veis, sobre una columna corintia del tiempo de la dominación romana, el arco en herradura que vió pasar los albornoces blancos y los estandartes verdes. He conocido al poeta y novelista Arturo Reyes, el primero de los portalliras malagueños y bien amado de sus conterráneos; jamás he visto moro de pintura ó de verdad que le supere en aspecto.

¿Qué modelo para Benjamín Constant! He visto, vestida á la moda de París y en un elegante carruaje á Zulema; y, con una flor en la cabeza, comprando pescado, cerca del cerro Guadalmedina, á Zoraida.

Entrando á la realidad de la vida, hallais un pueblo pobre, falto de sangre y de trabajo. El exceso de población apenas halla salida escasa en los inmigrantes que atraviesan el Océano. Y la indolencia nacional... Iba yo recorriendo la ciudad, en un tranvía tirado por flojos caballos. Allí, en un lugar llamado Puerta Nueva, se encontró un carro en la vía, en el carro unos cuantos sacos, y el carrero cosiendo uno de ellos. El hombre vió venir el tranvía con una mirada indiferente, y siguió cosiendo su saco.

¿No pasaríamos?... El conductor descendió á hablar con el carrero; oí vagas palabras, ví pocos gestos. El hombre seguía cosiendo su saco... A los cuatro minutos, el tranvía pudo pasar, *et pour cause*. El hombre había acabado de coser su saco...

En un lugar de la larga hondonada que forma el lecho del sediento Guadalmedina, he visto una especie de lamentable mercado al aire libre, peces y fruta, cestas de pulpos como en Nápoles y naranjas doradas. Lo pintoresco no quita la sensación de miseria, entre calles y callejuelas llenas de malos olores, de charcos pestilentes, de focos de enfermedad. Me explico la abundancia de pálidos rostros, de colores marchitos en las más hermosas facciones.

Hoy veo en un diario que el número de reses vacunas sacrificadas es de veinte, y Málaga tiene más de ciento treinta mil habitantes... ¿Y la carne paga una peseta el kilo de derecho de consumo! Un muy discreto y activo periodista, á quien he tenido el placer de tratar, el señor Fernández y García, me da los más penosos detalles. «La carestía de los artículos alimenticios, dice, equivale á un grave motivo de alarma. La carne, para los pobres, resulta un artículo de lujo.

Muchos enfermos tienen que prescindir de ese alimento necesario para reponer las fuerzas, porque su precio excesivo no lo pone al alcance más que de las personas bien acomodadas. La leche es mala y cara. ¿De qué nos sirve nuestra vecindad con Marruecos, si rara vez disfrutamos la ventaja de recibir, en cantidad suficiente, huevos y aves á precios económicos importados de los terrenos inmediatos á nuestras posesiones de África? El pescado mismo, con excepción de los días de pesca abundante y extraordinaria, sufre carestía. ¿El bacalao? Si el gobierno no toma el buen acuerdo de pedir á las Cortes la supresión de los derechos arancelarios, se venderá tan caro, que, como sucede con la carne, no estará al alcance de los pobres. Solo faltaba el aumento de los precios de los alquileres, y ya es tan difícil encontrar albergue higiénico y barato, como un avaro con alma. De modo que el malestar se acentúa para todas esas clases de la sociedad á quienes la lucha por la existencia resulta penosísima, y que van dejándose la piel en las zarzas de estos infortunios. Con decir que el remedio no se vislumbra, se expresa que la desgracia que nos aflige parece mayor porque se vive sin esperanzas.» Hay, pues, necesidad en las clases pobres, hambre en el pueblo. La antigua religiosidad ha mermado mucho y en sus sufrimientos ya no se vuelven los necesitados á la divinidad, ya no se ruega á Dios...

Se siente una invasión de protestas anárquicas, que va de la ciudad á la campiña, á pesar de las congregaciones religiosas que luchan por conservar su influencia, á pesar de las vírgenes que podéis ver en algunos sitios, á la entrada de algunas casas, adornadas de flores artificiales y ante las cuales arde una pálida lamparilla de devoción tradicional.

Hoy, 11 de Diciembre, aniversario del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, he ido á ver el monumento levantado en memoria del espantoso sacrificio... No ví coronas ni flores de recuerdo. Por calles sucias, entre baches y pedregales, llegué, por el barrio del Perchel, á la iglesia del Carmen, donde estaba el antiguo convento. Por el camino, un compañero me recuerda la página sangrienta que inmortalizó artísticamente un célebre pincel. Encontrában-

se en Gibraltar unos cincuenta desterrados á causa de sus ideas liberales, y fueron llamados secretamente por el gobernador de Málaga, señor Moreno, proponiéndoles pronunciarse con ellos en favor de las libertades de la Constitución, como se decía entonces. Salieron de Gibraltar cincuenta y un hombres. En camino, pasaron la noche en el cortijo de La Alquería, y allí fueron copados por las tropas que mandó con ese objeto el mismo gobernador de Málaga. Lograron escapar dos ingleses, de tres que venían en la expedición. Llegaron los presos por la mañana del 10 de Diciembre, y al día siguiente, apesar de ser domingo, con el permiso episcopal, fueron fusilados. La capilla la pusieron en una iglesia del entonces convento Carmelita. La ejecución empezó á las siete de la mañana, y duró media hora. El último que mataron fué el inglés Boyd. «Mi abuelo me dice la persona que me acompaña, oyó los tiros desde el vecino matadero de reses. Calcula que se tirarían mil tiros, de lo que no hay que asombrarse, teniendo en cuenta que entonces se usaban fusiles de chispa, que estaba lloviendo y que se mojaba la pólvora de las cazoletas, por lo que fallaban muchos tiros. Los quejidos de las víctimas y el estado nervioso de los mismos soldados de la ejecución, aumentaban el horror de tal manera, que el fraile que confesó y ayudó á bien morir á las víctimas, se volvió loco.»

Al llegar á la iglesia, un chicuelo zaparrastroso, me sale al paso.

—¿Qué quiere usted?

—Visitar la iglesia.

—Venga.

—Dime: ¿en dónde estuvieron encerrados Torrijos y sus compañeros?

El chico me mira asombrado. No halla qué contestar. Se trata de unos que mataron hace tiempo... Por fin cae en la cuenta.

—Venga usted. Ya sé. Aquí está el confesionario en donde los confesaron.

En efecto: en una capilla que está al lado derecho del altar mayor, y cuya entrada aún conserva la gruesa reja que sirvió de cárcel de una noche á los sacrificados, logré ver entre la oscuridad, aislado, un confesionario viejo y polvoroso. Luego salgo con mi amigo acompañante á buscar el lugar en que fueron ultimados. Lo encontramos, preguntando, en una callejuela inmundada. Hay una base gastada, de mármol, sobre la que reposa una tosca cruz de hierro. Hay una inscripción, borrada, ilegible. Ni una flor. Hay comadres conversando en las puertas de las casuchas vecinas, y muchachos mugrientos, jugando á pleno suelo, y un perro soñoliento hacía el lado por donde se va al mar azul... Esta es Málaga-la bella, de donde son las famosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración.

RUBEN DARIO.

(De *Tierras Solares*)

Costumbres de mi tierra

(LA JUNTA)

Para Ricardo Miró

NO diré casa solariega, que ello sería aceptar que siquiera en simulacro existe: es una humildísima choza pajiza que, más que amparada contra los rigores de la Naturaleza, por el techo ó caballete, lo está por el frondoso ramaje de los caimitos, naranjos, higos, guabos y almendros que silvestres crecieron en el sitio donde el pobre campesino su albergue idolatrado construyó.

No sé por qué tradición,—pero la hubo.—los fundadores del villorio lo denominaron «El Jazmín», y así se ha seguido llamando hasta nuestros días, con todo y la ninguna similitud que aquel breñoso y pobre Caserío guarda con esa blanca flor de perfume delicado, hija mimada de la rica flora istmeña.

El *Campo* está siempre, en invierno y en verano, mustio y triste: siéntese un frío helado en la época lluviosa, y un calor asfixiante en la seca. Se puede ver en ocasiones nieve effi-

mera en las cumbres de los cercanos cerros al amanecer, y sentirse también calor de infierno en pleno medio día.

Forman el *Caserío* una docena, más ó menos, de casitas muy rústicas, dispersas, separadas unas de otras por fajas de montes altos y espesos.

Tiene el lugar una monotonía anonadadora, una soledad que convida á la oración y al tímido recogimiento. El silencio es allí desde la prima noche como impuesto por muchos viejos cementerios juntos, sólo interrumpido en ocasiones por los ahullidos ó graznidos de algunos animales nocturnos que no dejan de salir en busca de la vida, ó por la detonación de la escopeta del cazador que, trepado en el no lejano ciruelo, *cornezuelo* ó *jagua*, da muerte certera al conejo, al venado ó al saíno de carnes apetecidas.

Las veredas que comunican una habitación con otra, son casi intransitables: especies de túneles hechos por debajo del cruzado bosque: secas en la época del verano, convertidas en arroyos de lodazales en el invierno crudo y brumoso.

La tristeza que infunde la arboleda enmohecida y corpulenta de la vieja montaña, campea también en el olvidado *Caserío*, donde moran pobres gentes: los hombres con pantalón corto, hasta la rodilla, de tejido hecho en su propio telar, con el hilo del algodón de la abundante cosecha que le hiló en su huso la ya vieja y encorvada campesina; y las mujeres de polleras también algo cortas, de la anticuada *pena-confusa*, que en la acreditada tienda que en el pueblo tiene el bueno de don Pancho, compraron, el día del anunciado baratillo, á medio y cuartillo la vara.

Es imponente la tristeza en el lugar. Existe allí verdadera soledad de tumbas, apenas alterada durante el día por el gruñir de los cerdos, el cacareo de las gallinas, el relincho de las yeguas y potrillos en soltura, el ¡gluuu... gluuu...! de los pavos, el mugir del ganado, y el grito largo y retumbante del mayoral que, al caer la tarde, lleva la vacada camino del rodeo.

Después, durante la noche, surge una calma más profunda todavía: cantan algunos gallos en el *árbol-gallinero* donde duermen, y puede hasta escucharse el chirrido de los grillos y de algunos otros insectos: pero la sombra parece más densa, sobre la arboleda y chozas invadidas por el silencio, y extiende ufana sus alas con quietud de homicida que medita.

¡Así es la noche en ese Caserío de un Municipio de la Provincia de Los Santos!

Y el día tan anunciado para la *junta* llegó al fin.

La casa de Plácido, que es el convidador y dueño, es la única posada donde llegan los trabajadores, y tan atestada está ya de gente por la mañana.—porque de los *Caseríos* circunvecinos también han concurrido los buenos y viejos amigos.—que ha habido la imperiosa necesidad de construir, muy á la ligera, una espaciosa ramada para colocar allí las monturas, otros enseres y la ropa limpia que llevan los peones para mudarse á su regreso del trabajo.

Día de lucha, de labor asidua, es ese de la *junta* para la familia de la casa, pero con todo, esos felices moradores allanan siempre sus dificultades, porque es costumbre que las doce ó quince muchachas sanas, robustas, coloradas y hacendosas, hijas de los vecinos compadres, se entreguen de lleno al trabajo de la cocina, y hagan brotar en grandes cantidades, como de un cuerno en abundancia, el obligado *sancocho*, el arroz, el *bienmesabe*, los quesos y leche, lechonas, pavos y gallinas, la chicha de maíz ó de nance, fuerte que pique y dulce, la leche cortada con miel, y grandes rimeros de tortillas de maíz blanco ó amarillo, de formas redondas que asan en las cazuelas, y otras chiquitas en forma de media luna, con ondulaciones por la orilla, que llaman *quimbos*, las mismas que, con una recitación chispeante, ofrecen las enamoradas á sus novios, cuando, ya moribundo el día, regresan los trabajadores á la casa del dueño de la *junta* para comer en reunión.

Los capitanes.—así los titulan—peones sobresalientes á quienes el dueño de la *junta* distinguió con un *hijoso* bastoncito que adorna con cintitas de á cinco centavos pieza, y con papel de colores *muy fino*, han llegado ya con sus gentes, y se nota ahora en la habitación, ayer tan triste, verdadera plétora de humanidad. Desayunados los convidados, desfilan alegres, machete y *gancho* en mano, por el camino del cercano pero muy extenso maizal. Cada capitán, como es de rigor, coge la gente que trajo, los coloca de dos en dos á trabajar de *pique*, y la desyerba que se emprendió horas antes,—y que en un año quizá no habría podido concluir el pobre campesino dueño de la sementera.—queda en un santiamén hecha, con viva satisfacción de los bondadosos concurrentes.

Una algarabía ensordecedora ha sido el complemento de esa reunión, porque no es sólo lo que hablan los convidados con el alto diapason que es de estilo entre ellos, sino ese grito rudo y constante que es de moda mientras trabajan y descansan, ese ¡ahúa...! ¡ahúa...! ¡ahúa...! que remeda fielmente el gruñido de mil leones enfurecidos. grito que, en la espesura de aquellos montes, repercute como un trueno de Octubre, que se extingue luego perezoso y lastimero. ¡Varias veces oyendo atónito ese grito, he pensado que él es acaso el himno majestuoso que aun la ignorancia y el atraso elevan en aquellas selvas al trabajo ennoblecedor!

Y sin que en todo el día les haya faltado á los trabajadores el consabido *anisado* y *seco* de caña, llega la hora de la comida, y no todos *arriman* de una vez á la mesa,—que la es el suelo,—porque algunos mejor que hambre, tienen sueño, y duermen tranquilos, á la sombra de un árbol, la *mona* que les brindó el uso excesivo del aguardiente, ó del vino de palma que también es por ellos muy saboreado.

Reina alegría general durante la comida, si aquella no es interrumpida por alguna gran pelea al puño, al garrote ó al machete. Surgen de allí hasta amoríos sagrados que solemniza después el Santo Sacramento del matrimonio en la Iglesia de la lejana Parroquia; y pasados los históricos brindis de las *quimbos*, las recitaciones y aun los cantos, y cumplidos los deberes de cada cual como le ha sido posible, todos se despiden del dueño de la *junta*.—á quien dejan enorgulleido por haber terminado oportunamente su trabajo,—y siguen el camino que los ha de llevar á sus respectivas casas, á pie ó á caballo, por la vereda ya oscura, porque volvió la noche, *viviendas* que demoran, algunas, hasta tres leguas del lugar de la reunión.

El señor Plácido, su señora, hijos, que ya *ganan peones*, ó hijas, cada cual por su lado, manifiestan á los que se despiden sus más vivos agradecimientos por los servicios que les han prestado, y les insinúan, á los que se van, que será motivo de eterno resentimiento para ellos, si no les avisan cuando tienen *juntas* para concurrir gozosos á pagarles el peón ese día ganado.

Sólo así, ese honrado padre de familia campesina que en el Caserío de "El Jazmín," en un Municipio de la Provincia de Los Santos, vegeta y verá al cabo extinguirse su humilde existencia envuelto en la más exagerada virtud; sólo así el señor Plácido, esa alma nobilísima y generosa, dispuesta á toda hora á hacer el bien, allá en el corazón mismo de esos apartados montes; sólo así esa ignorante pero honorable familia, que si intemperie no sufre es acaso por el ramaje frondoso de los caimitos, naranjos, guabos y ceñros que crecieron silvestres en el sitio donde levantó su albergue pajizo; sólo así, repito, ese olvidado hogar que experimenta el mal crónico, casi irresistible, del terrible paludismo de la miseria, pudo ver crecer lozano y producir abundantísimo fruto el cercano y extenso maizal, y vió también, por aquel medio, á sus otras sementeras enriquecer con abundantes granos sus trojes, que les sirvieron para atender al sustento de la familia durante el año.

¡Bendito sea mil veces el poder de las *juntas* en mi tierra, que siempre ha sabido salvar al

pobre campesino de hundirse en el negro abismo de abominables delitos.

¡Bendito sea ese poder de las *juntas* en mi tierra, que conserva incólume, matando el hambre, el brillo deslumbrador de la virtud de la virgen campesina, allá donde si hay flores, crecen también las del dolor, donde si existe dicha, también se derraman lágrimas, donde si surgen ilusiones, éstas guardan profundo mutismo, donde si el amor luce, es brote espontáneo del corazón, y donde no corren, no, impetuosos como en los centros civilizados, las corrientes de los placeres degradantes.

Panamá: 1905.

JULIO ARJONA Q.



CLAUDE COVENTRY MALLET.

El señor don Claude Coventry Mallet, cuyo retrato presentamos en esta página, es uno de los que guardan mayor suma de simpatías por todo lo que al Istmo toca. Agente durante muchos años del gobierno inglés en calidad de Cónsul de S. M. B., ha vinculado su porvenir en cierto modo al nuestro por los lazos del cariño y por los que crea una larga residencia.

Caballero cumplido y hábil diplomático, EL HERALDO DEL ISTMO se complace en hacer pública manifestación de sus simpatías por tan alta personalidad.

De la Feria

COMO para demostrar que con ellas se ha marchado de la Capital, huyéndole á los rigores del Verano, la blanca señorita Alegría y que sólo de ellas es el poder de hacernos felices, las bellísimas damas de la alta sociedad panameña, que ahora pasan tranquilas su vida de ensueños en Las Sabanas, organizaron el domingo último una feria en favor de deseos de mejorar la Capilla en donde los domingos por la mañana, para esta época, van ellas á misa, llenas siempre de ideas cristianas y ostentando en sus rostros frescos y aterciopelados la alegría del vivir y la sed de llevar á un terreno práctico los anhelos puros de un porvenir risueño y amable.

La fiesta de que ahora nos ocupamos casi á las volandas, dado el escaso tiempo de que disponemos es disponer, fué un completo éxito que llenó en mucho todos los deseos de los organizadores y al par una perfecta realidad de buenos propósitos. El contento sincero, el afán de hacer Bien y de ser Bueno, notábase en todos los semblantes, mientras afuera el sol caldeaba el llano polve-

riente y sus rayos eran menos radiantes que los ojos hermosos de las bellas vendedoras.

....Allá una copa de *Champagne* rubio y espumoso ó un vaso de cerveza coronado por un penacho de espuma, blanca como una ilusión ó un anhelo noble; hácia el centro dulces y juguetes y acá, en un extremo—como para hacer más delicioso el ambiente y más radiante el día—una mesa con *botoneras*, cuyas rosas se entristecen, nó por el calor que invade el recinto ni por el resistero que exhala el terreno, sino de envidia ante la frescura del cutis de una mano suave y bella, que gira incesantemente por encima de las bandejas para ofrecer un vaso de refresco á los invitados ó para suplicar con frase grata la devolución de alguna lista de rifa.

La carpa, agitada de vez en cuando por una brisa tibia que baja de la montaña vecina, resulta pequeña para todos los concurrentes y algunos se van hácia el sitio en que diestros jugadores se disputan el triunfo de una partida de *base-ball*; otros, en dulce flirtación, rien y conversan arriados á sus coches y los demás, en grupos pequeños y compactos, alejados ya del sitio, miran con ojos de satisfacción el hermoso panorama que se desarrolla ante su vista.

En tanto las ideas van despertándose en nuestro cerebro y el afán de un análisis imparcial nos invade; el consejo del Maestro y filósofo formidable se hace en estos momentos más claro y más poderoso y las teorías todas de una filantropía marcada resultan puestas en un terreno práctico y plausible.

Lo deseado se obtuvo; lo que se espera hacer, se hará.

Axioma jesuítico salta á la vista.

Luzbél derrotado llora porque la verdad y lo santo se abren paso cogidos de la mano.

Peitho—Diosa de la persuasión—sea con nosotros, y aplaudamos llenos de regocijo la tarea noble y el brillante triunfo obtenido.

Triunfaste?

A LEON A. SOTO.

Alzate ¡oh Bardo! de la eterna noche: deja el húmedo lecho del osario, y de tu numen sobre el áureo coche, arropado en tu nítido sudario, vuelve á entonar la Salve del reproche.

Yo no te ví con gesto soberano vencer la cumbre de la sacra pira; mas los dulces acentos de tu lira me alcanzan como el lánguido y lejano eco de ignota flauta que suspira.

No fué tu voz el hórrido bramido que alzan los vientos al silbar en coro: era el acento de un alción herido, fué el dulce y melancólico gemido de una corintia cítara de oro.

Sé que sobre flamígeros corceles, fustigado con furia por la Idea, en tus sueños de triunfos y laureles traspasaste sonriendo los dinteles de los sagrados templos de Platea.

Sé que "bajo sus jónicas arcadas cantaste el canto de los veinte Abriles:" sé que no se asombraron tus miradas al contemplar las formas sosegadas que esculpieron de Fidias los buriles.

Sé que bajo tu ardiente fantasía, coronado con mirtos y miosotis, cruzabas la soberbia Alejandría buscando por las calles de Rakotis donde apagar la sed que te mordía.

Sé que una noche de amargura y duelo, de un gran dolor en la terrible crisis, llamaste á Atropos en tu loco anhelo.... Ella trajo una amiga: era la Tisis, y huyó con tu alma á la región del cielo.

Dí ¿No ves en la noche silenciosa una mujer de helénica belleza que llega entristecida, y pesarosa dobla la frente de alabastro y rosa y entonces llora ante tu humilde huesa?....

¿No ha turbado tu sueño postrimero el eco vagaroso de su llanto que con acento triste y lastimero vaga en alas del viento pasajero, gimiendo por el ancho campo-santo?....

Es ¡oh Poeta! tu Patria, Patria mía, que nunca olvida tu sagrado empeño, y en altas horas de la noche umbría va, llorando, á contarte que no es sueño tu sublime delirio de otro día.

Pero ¡ay! en vano su dolor profundo derrama por el ancho cementerio: se apagará su llanto moribundo en las oscuras Salas del Misterio sin que pueda alcanzar hasta tu mundo.

Descansa en paz el eternal reposo, que triunfa quién después de haber caído se levanta arrogante y victorioso, rodeado con un nimbo luminoso, de la noche terrible del olvido.

RICARDO MIRO.

Las Geishas

Del Libro *Entre Encajes*

EN el Teatro Exótico, entre iris y crisantemos y grandes flores rojas de una belleza extraña: cuando los árabes extenuados vuelven á echarse en los rincones del escenario como lebreles de bronce antiguo, aparecen andando con pasos menudos y saludando con reverencias principescas, tres bailarinas japonesas, geishas ó maikos, ó más bien simples shinzos, según sus sonrisas me lo indican. La más joven, una verdadera niña, nos mira con ojos de cortesana precoz en cuyas pupilas hay visiones del jardín de las delicias y del jardín de los suplicios. Las otras dos, más finas, más altas, mujercitas de diez y seis años ya, no son, en apariencia, ni más ni menos austeras.



E. GÓMEZ CARRILLO

Son shinzos las tres: bailan durante el día en el teatro, enseñando los brazos desnudos entre las mangas flotantes, y luego, por la noche, cantan á los pies de amantes efímeros canciones en las cuales se habla del amor y de la muerte.

Si fueran maikos serían más graves. Las maikos son vestales encargadas de encender el fuego en quien las mira, pero que no pueden apagarlo con sus labios eternamente sellados.

Yo las prefiero tal cual son, mitad musmés, mitad geishas, artistas y hetairas, alma y carne. Me gustan siendo el ritmo y la curva. Me encantan tangibles y no immaculadas, perversas sin violencia, viciosas sin fanfarronería y ¡tan muñecas!

Bailando la danza sagrada que ahora ejecutan sin mover los talles, sin estremecerse casi, con inclinaciones simétricas de cabeza y cadencias ponderadas de brazos, con sonrisas que llevan el compás, con durezas aristocráticas, con suavidades sin molicie, me hacen pensar en marquesitas del siglo XVIII que por capricho se hubiesen vestido con trajes nipones. Porque en esta danza del Extremo Oriente, hay algo de las pавanas y de las gavotas de Trianón. Son las mismas gracias mimosas.—Es la propia elegancia rebuscada. Los remilgos, y los medios pudores, y los ligeros libertinajes de gesto, son idénticos.—Marquesitas venidas de muy lejos en cajas de laca color de rosa; marquesitas pedidas por la reina loca para alegrar sus fiestas íntimas y para avivar los sentidos agonizantes del príncipe; marquesitas de cera y de seda, nacidas en un serrallo y criadas entre algodón: frágiles marquesitas con almas de pájaro, con labios de esfinge, con ojos folinos, eso son. ¡Bailad, marquesitas!

* *

En un libro muy sabio que leí hace mucho tiempo, lo siguiente me llamó la atención.

«El emperador japonés ha dispuesto que las familias no puedan vender á sus hijas sino en caso de miseria completa, probada ante las autoridades competentes.»

¿Luego... antes se vendían? ¿Luego... en caso de miseria, siguen vendiéndose?

Sí. Muñecas en apariencia, véndense como muñecas. "¡Yo quiero unarrosada!" "¡Yo una pálida!" ¿Y sabéis cuánto cuestan? Diez duros en término medio. Las de á ocho, están flacas; las de á doce están ya instruidas. Los compradores de profesión las escogen de diez años de edad, las educan, las enseñan á bailar, á cantar, á sonreír y en seguida las hacen aparecer ante el público vestidas de oro, de púrpura, de verde, de celeste. Al principio son simples comparsas que acompañan á las *geishas* y que, en los entreactos, escancian el té ó el saké á los parroquianos del concierto. Son vírgenes. Lo son hasta el día en que, bailadoras ya, ejecutan su primera danza antes de ir á recibir el primer beso. Esto sucede cuando la *oshakú* cumple los quince años.

Como sus existencias eróticas son breves, deben, desde el principio, mostrarse económicas y graves para conseguir. á los diez y nueve ó veinte años, el puesto celestinesco de *jimai*.

A los quince, son *shinzos*; á los diez y siete *chytchibu*, á los diez y ocho *nenki*, á los diez y nueve *sambu*. Luego, ya precozmente marchitas, ó mueren, ó se convierten en honradas madres de familia, ó se hacen *firmas* y explotan á las más jóvenes.

En otro tiempo vivían en los jardines del Yoshiwara, lo mismo que las musmés ó cortesanas; pero en 1872 el mikado quiso darles una prueba de simpatía artística y les permitió que construyeran sus casas de muñecas en doce barrios diferentes de la metrópoli, dos de los cuales, Yanagibasi y Simbasí, están reservados á las que bailan en el teatro imperial. En sus puertas, linternas de color, con los nombres escritos sobre el vidrio, indican al peregrino de amor lo que puede pedir y lo que debe dar.

Cuando una de ellas tiene un amigo, descuelga su linterna para evitar conflictos entre rivales. Lo mismo que las cortesanas griegas, no se presentan nunca ante un hombre sin ir seguidas por un flautista.

Casi todas ellas son poetisas y dicen, por la noche, cuando están solas, envueltas en un rayo de luna y rodeadas de crisantemos desfallecientes, sus penas profundas y sus ensueños angustiosos. "Wa ni mono tsurari mono." "Yo no veo llegar mi ideal!" Esta frase es frecuente en sus cantares. Ninguna ve llegar á su ideal. ¡Pobrecitas!

* *

He hecho mal en recordar estos datos lamentables sobre la vida de las geishas, pues

ahora las tres shinzos que bailan me parecen más tristes y menos ligeras que antes. Flor de Almendro, la más chica, la niña de los ojos que prometen delicias y suplicios, diríase que hace al sonreír una mueca dolorosa. Las otras dos—Lirio Encarnado y Rama de Espinas—vuelven sus ojillos oblicuos hacia el cielo, como buscando algo con inquietud. ¿Tratarán de descubrir la imagen de su ideal que no llega, que no llega nunca?... ¡O acariciarán sencillamente, entre el oro falso de las bambalinas, el recuerdo de un amante que se quedó allá, á orillas del mar de zafiro en el imperio del sol naciente?...

E. GOMEZ CARRILLO.

NOTAS

DESEANDO EL HERALDO DEL ISTMO ajustar en un todo el material de lectura á los fines que persigue, no publicará en adelante notas personales, salvo el caso de que ellas guarden valor literario y artístico por referirse á personas que por algún motivo tengan ganado puesto en los dominios intelectuales.

A PROPÓSITO del malogrado poeta León A. Soto, al cual dedicamos casi en su totalidad este número, nos complace avisar á nuestros lectores que EL HERALDO DEL ISTMO se propone llevar á cabo la publicación en libro de las poesías del compañero ausente, con el fin de dedicar el producto á la compra de un pequeño espacio de terreno en uno de los cementerios de la capital, en que puedan ser depositados finalmente los restos del poeta.

Juzgamos—y creemos que llenos de razón—que en este buen deseo no ha de faltarnos la ayuda generosa de las personas de buena voluntad, y sobre todo el de aquellas que conocieron y supieron apreciar á Soto en todo su valor.

NUESTRO nuevo y distinguido colaborador don José García Acuña, Cónsul General de España en la República, nos remite un interesante estudio sobre Salvador Díaz Mirón el gran poeta mexicano, que con Olegario Víctor Andrade el argentino, y Ruben Darío el nicaragüense, comparte la gloria de haber señalado á la Poesía en América nuevos rumbos acordes con las aspiraciones del alma moderna.

En el próximo número de esta Revista podrán nuestros lectores gustar tan bello estudio y apreciar á la vez que la obra del poeta mexicano los amenos y conceptuosos párrafos del escritor peninsular.

DON Enrique C. Llorente Cónsul General de la República Mexicana nos ha obsequiado con un ejemplar del interesante libro *México—Ayer y hoy*, de don Bernardo Mallén, en que expone este señor minuciosamente con datos estadísticos el estado actual de progreso alcanzado por la hermana república en el período comprendido entre los años de 1876 y 1904.

La lectura del libro nos ha llenado de satisfacción. En los tiempos que corren en que una ola de *yanquismo* exagerado y de la peor especie baña las repúblicas de centro y sur, todo esfuerzo y todo triunfo de la raza latina en América tendrá nuestras simpatías y nuestro aplauso. México y la Argentina que, merced á largos períodos de paz, han podido hallar finalmente la verdadera senda del progreso, son para los otros países latino-americanos un ejemplo de lo que puede el trabajo en la vida de los pueblos; y el mas solemne mentís dado á los que juzgan como cierta la decadencia de nuestra raza noble y fuerte.

CON VERDADERA pena nos vemos obligados á manifestar que el éxito del CONCURSO DE CUENTOS abierto por nosotros con el fin de propender al cultivo de las letras ha sido nulo. Solo dos cuentos hemos recibido en esta vez, y como es natural ni aún los hemos pasado á los señores componentes de la Junta Calificadora. Si los autores de ellos, que firman con los seudónimos de *Moisés* y *John Scott* nos dan su venia, los publicaremos en nuestro próximo número para conocimiento de los lectores de esta Revista.

La indiferencia por todo lo que á las letras, á las ciencias y á las artes se refiere, es muy grande. Poco nos preocupamos por el desarrollo de nuestras facultades intelectuales. Desde la escuela, y talvez desde antes, nos dedicamos á *hacer política* ó á operaciones rudimentarias de comercio leonino, y esta es desde luego la fuente original de muchos, sino todas, nuestras desdichas.

PROCEDENTE de la Provincia de Coclé, se halla en esta capital nuestro ilustrado colaborador, doctor Salomón Ponce Aguilera, intelectual de gran valía á quien nos complacemos en saludar cordialmente.

"ALMAS Y CÁRMENES" es el título de un libro de poesías que acaba de publicar en México el muy conocido intelectual Jesús E. Valenzuela. Amado Nervo con su bello decir nos hace el elogio del poeta y de su obra en términos lisongeros, despertando en nosotros el deseo de conocer y apreciar joya de tanta valía.

COMIENZA á visitarnos la *Revista Contemporánea*, publicación mensual que dirigen en Bogotá los eminentes literatos señores Baldómero Sanín Cano y Maximiliano Grillo. El número que tenemos á la vista trae bellos versos de Guillermo Valencia, Javier Acosta y Julio Vives Guerra: un magistral artículo—*El Peligro Amarillo*—del Doctor F. de P. Borda, y notas varias de gran interés.

LA *Revista Moderna de México* está aquí sobre nuestra mesa de trabajo. Acabamos de leer la última página, y cerrándola quedamos largo rato en beatífica contemplación ante la viñeta simbólica de Julio Ruelas. Y es que después de habernos deleitado con el contenido del número de Enero, que lo informan un hermoso poema de Dante Gabriel Rossetti, un artículo humorístico de Mark Twain, *Aserrín* de José Asunción Silva, bellos versos de Leopoldo Lugones, Justo Sierra Emilio Valenzuela, Santiago Argüello y Salvador Martínez Alomía y prosa rica y nutritiva de José Juan Tablada, Rubén M. Campos, Amado Nervo, Ignacio Mariscal y Angel Zárraga, hemos pensado con fruición en el triunfo del arte moderno y nos hemos luego sumergido, felices, en ese nirvana delicioso en que se sumergen nuestras facultades pensantes cuando acabamos la lectura de algo agradable y sugestivo que nos encanta y nos domina.

EL NÚMERO de Febrero de *La Lectura*, de Madrid, trae como siempre un variado y selecto material. Merece citarse especialmente el estudio del señor Manuel B. Cossio acerca de un autógrafo del pintor Domenico Teotocopuli mas conocido en el mundo del arte por *el Greco*, sobre nombre que debió sin duda á su origen griego. *El Greco*, como es bien sabido, fué discípulo del Ticiano y fundador de la escuela de Toledo. Era un hombre de tal libertad artística que no tuvo empacho en manifestar en una época en que Miguel Angel triunfaba que este no era un pintor siquiera mediano. Su mejor cuadro, *La Asunción*, se conserva en Toledo, y el autógrafo encontrado por el señor Cossio es el único de él hasta ahora conocido.

HOJAS SELECTAS, Revista para todos, de Barcelona (España), nos visita por primera vez. Viene nutrida de buenos grabados y de excelente material de lectura, entre el cual notamos especialmente una relación de viaje. *De Nueva York á Venezuela pasando por las Antillas menores*, de don José García Acuña, nuestro distinguido colaborador, escrita en estilo castizo y deleitable.

Señores Suscritores y Agentes

Después del día veinte del mes en curso no admitiremos en absoluto la moneda colombiana.

Recreaciones Intelectuales.

40ª ROMBO NUMÉRICO.

6	Letra
714	Ave
34325	Verbo
1234567	Apellido
14537	Vehículo
757	Metal
	Letra

41ª—S A S E L O T O O Y E D Y
Formar con estas letras cierta frase célebre de uno de los últimos reyes de Francia

42ª.—CHARADAS:

1ª—La primera es la segunda
La segunda es la primera;
Es una letra la prima.
Es la segunda una letra
Y una letra es la tercera.
Para mas explicación
Te digo caro lector
Que es tercera conjunción.
Fruta el todo, de valor.

2ª—Una es inflección de verbo
En el modo indicativo,
Dos una preciosa planta
Cuyo fruto apetecido
Da muy sabrosa bebida
El todo, amigo una dos.
Es nombre de una ciudad,
De un rey de la antigüedad
Que fué elegido por Dios.

J. A. GONZALEZ.

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

- 40ª *Vida de Jesús*, de Renán.
- 41ª *La casa Roja*, de Conway.
- 42ª *Tartarín de Tarascón*, de Daudet.

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Chevalier, Andrevé & C^{ia}. un día después de la salida del periódico, en cubierta cerrada dirigida al Director de la Revista.

SOLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS ENVIEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES:

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no se tomarán en consideración.

Soluciones del Número anterior.

36ª—Casimiro.

37ª—La serpiente y La lima—(Fábula.)

En casa de un cerrajero—entró la serpiente un día—y la insensata mordía—en una lima de acero.—Díjole la lima: el mal,—neicia, será para tí.—¿Cómo has de hacer mella en mí—que hago polvos el metal?

38ª—Margarita—Murciélago.

39ª—Paco Lila una peseta—hace poco no tenía—y hoy de manera indiscreta—gasta cien duros por día.—Si me diera la receta—muy bien que me sentaría.

Obtuvieron premios: por las 36ª y 37ª José Aníbal González, por las 38ª y 39ª Ramón Noriega.

Enviaron soluciones además:

De la 36ª—Gavino Gutiérrez Lasso, Ramón Noriega.

De la 37ª—Ramón Noriega, G. Miró Denis, Ladislao Sosa, Enrique Linares, Domingo Jiménez A.

El Heraldo del Istmo

REVISTA ILUSTRADA.

Director: GUILLERMO ANDREVE.

Esta Revista consta de 12 páginas de gran tamaño y se publica dos veces al mes.

Se canjea solamente con las Revistas de su indole.

La suscripción por trimestre vale *Dos Pesos*, plata corriente, y cada ejemplar suelto cuarenta centavos.

Regala mensualmente á sus suscritores el interesante periódico *El Eco de la Moda*.

No se admite más colaboración que la solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con el periódico entenderse con el Director en la *Tipografía Chevalier, Andrevé & Cia*, Carrera de Ricaurte N^o 15.

La correspondencia relacionada con la Revista, debe dirijirse así:
Señor Director de

EL HERALDO DEL ISTMO.
Apartado. 54.

Panamá.
Tip. Chevalier, Andrevé & Cia.—51.

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de EVERARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO.

I

Omnia vincit Amor.
VIRGILIO.

(Continuación.)

é incapacitándolos para sentir el placer que les proporcionaban sus ocupaciones ordinarias, soñando ahora con románticos amores que no sabían transportar á la vida.....

La noche se hizo sin que hubieran pronunciado una sílaba. Luisa vino á advertirles que la comida estaba servida..... Apresuradamente, se levantaron y se pasaron un lienzo húmedo por las mejillas surcadas de lágrimas, y entraron al comedor. Allí permanecieron solos, pues el señor de Bisson-Chantal sintiéndose fatigado se había acostado más temprano que de costumbre.

Inmediatamente después de los postres se retiraron cada cual á su cuarto, sin osar á abrazarse y separándose después de haberse dado las manos.

De su cuarto, Blanca pasó al tabuco.

Era completamente de noche. Encendió la lámpara, cerró la ventana á causa de la mucha humedad que se sentía, se sentó en una silla y tomó el libro que había abandonado á la llegada de Jacobo.

Sobre las hojas gruesas, de anchos márgenes y de caracteres elzevirianos, caía una claridad rosada, reflejada por la pantalla bordada en seda de la lámpara. Era esta una lámpara de gran valor.

El pié, cuadrado, cincelado en oro, representaba en cada una de sus faces una esfinge acurrucada, con los ojos vacíos, y sosteniendo una columna de plata, delicadamente trabajada, con dos mujeres desnudas levantando un receptáculo en las manos. Este era de cristal, cubierto en su parte inferior por una especie de bajo-relieve en marfil reproduciendo *Las edafes del Amor* de Thorwaldsien. La lámpara media, comprendiendo el pié y el receptáculo, un metro de altura y descansaba sobre una débil columna de mármol alrededor de la cual se enlazaban delgadas espigas de hiedra.

Gracias á la pantalla, toda la parte alta del tabuco estaba sumergida en una obscuridad relativa, no obstante que una dulce claridad, vagamente sonrosada, parecía dormir sobre los asientos, los pufos y las alfombras, haciendo centellear de aquí y de allí los herrajes de los muebles y los hilos

de oro de las tapicerías. Pero la luz más viva, caía sobre las rodillas, el libro, y la cabeza de Blanca que se encontraban inmediatamente debajo de la pantalla. En la calma de la lectura, el rostro de la niña tomaba una singular y turbante belleza. Sus ojos medio cerrados desaparecían casi completamente bajo la seda de sus largas pestañas; la boca la tenía cerrada, nublada por la sombra de su nariz recta, fina, de líneas extraordinariamente puras y de ventanas grandemente abiertas, en las cuales vagaba temblorosa una sensualidad refinada; los cabellos de un rubio dorado, separados en mitad de la cabeza por una raya profunda, ondulaban en madejas sobre las sienes y las mejillas, levantándose en seguida en graciosa curva para descubrir el lóbulo de la oreja pequeña y rosada, semejante á grácil y preciosa concha.

El peinador todo ornado de encajes que Blanca llevaba, descubría enteramente sus dos brazos, de líneas perfectas; la garganta también se entreveía, redonda y delicada, y las espaldas, gordas y blandas, con un insignificante grano de belleza, del lado izquierdo, en el nacimiento del cuello. De su cuerpo de virgen se desprendía un perfume infinitamente voluptuoso, que en el mundo, habría ejercido alrededor de sí una seducción lenta, al mismo tiempo que impuesto un inconsciente respeto, como una fruta vedada, no madura aún, que se quiere con todas las fuerzas del deseo y que sin embargo se abstiene uno de tocar, por temor de una mutilación casi sacrilega.

El libro que Blanca leía le interesaba mucho? Ni un segundo sus ojos se apartaban de la página y, bajo sus delgados dedos,

las hojas se volvían con magullamientos en el silencio íntimo del tabuco. Sobre la cubierta amarilla un título en negro se destacaba: *Madame Bovary*. Blanca veía á Emma, partir á caballo en compañía de Rodolfo Boulanger, de la Huchette, y dejarse caer llorando en brazos de su amante. Al llegar á las palabras: "Ella se abandonó," la niña colocó el libro sobre las rodillas y, sin cerrar los ojos, se dejó arrastrar en alas de la quimera.

No comprendía suficientemente el sentido de esta expresión. Las conversaciones clandestinas del convento, tenidas en voz baja en cualquier rincón retirado del patio ó á la sombra cómplice del dormitorio, venían á su memoria, llenas de vagas suposiciones.

Conocía teóricamente una parte del amor: las palabras *juramentos, besos, abrazos* resonaban en su oído deliciosamente,

más esto no era, sin duda, todo! Adivinaba algo que se extendía más allá y que completaba el resto; pero ese algo qué era? Regiones inexploradas por ella? En qué consistía el abandono último de la mujer y la posesión perfecta del hombre?.....

Dónde encontrar la clave de ese enervante misterio, de ese adorable enigma cuya palabra se le escapaba, oculta entre los velos que envuelven el instinto de los sexos, débil aún en una niña cuyo espíritu es puro y casto su cuerpo?.....

Durante los tres meses que habían transcurrido desde su llegada al castillo, Blanca había leído mucho; había aprendido, pero aprendido solamente á ignorar una cosa sobre la cual las novelas no son ordinariamente muy precisas, algo que indican vagamente y que temen explicar y describir como lo hacen tratándose de un fenómeno del alma ó de un paisaje de la Naturaleza. Muy cerca de sí, entre los libros que la habían conmovido sin ella misma comprenderlo, había sucesivamente leído: *La Imitación de Jesucristo*, que en la actualidad reía, encontrando en él un placer religiosamente sensual. *Los Evangelios* en donde el episodio de la mujer adúltera, el de la Samaritana y la pasión de Magdalena por Jesús, la habían turbado sin esclarecerle el punto suficientemente; *La Vida del Abate Mowret* en el cual había sentido, pero no comprendido el pecado; los cuatro primeros libros de la *Biblia* que habían sordamente depositado en su alma el germen de futuras audacias, y, en fin, *Madame Bovary*, que, sin ser más preciso, fortificaba aun su ansiedad, agravaba insidiosamente su deseo de goces desconocidos y hacía más pesada su cándida inocencia. Adivinaba y no sabía; entreveía y no comprendía; su inteligencia se fatigaba sin encontrar lo que buscaba y su carne misma, sin que ella pudiera confesarlo, la torturaba, implorando una satisfacción imposible todavía.

Tomó de nuevo el libro y, otra vez sus ojos leyeron: *Ella se abandonó*. Irritada de impaciencia y de despecho, arrojó el libro sobre el bufete, levantó la pantalla y se dirigió hacia la biblioteca con el deseo no confesado, mas violento, de aprender todo inmediatamente. Quién sabe? tal vez los títulos le darían luz!.....

(Continuación.)

